

LAS MUJERES

DE

LA INDEPENDENCIA

POR

VICENTE GREZ



SANTIAGO
IMPRESA GUTENBERG
CALLE DE JOFRÉ N.º 8½.


1878

I

La jeneracion de 1810.

Si se hubiera dicho a principios de este siglo a uno de aquellos avanzados políticos i filósofos que ya meditaban en la revolucion:—«Es necesario que deis a vuestras hijas una educacion esmerada, ellas pueden llegar a ser tan útiles a la familia i a la sociedad como vuestros hijos varones»... es seguro que aquel hombre tan ilustrado os hubiera oido sin comprenderos i os hubiera mirado fijamente, compadecido de vuestra demencia.

Se ha creido siempre que la mujer chilena nació esclusivamente para el encanto i el cari-

ño del hogar, para la administracion doméstica, para el cuidado de los hijos, cuando ha sido ella la que ha trasmitido de jeneracion en jeneracion las nobles virtudes que constituyen los distintivos esenciales de nuestro carácter: el amor a la patria que principia en la familia, el valor personal hijo de las convicciones heróicas, la moralidad pública i privada, fruto de los buenos ejemplos.

Por mas amigas del lujo i de la ostentacion que sean nuestras mujeres, son siempre económicas i arregladas. Hai orden en su derroche: entre nosotros no se ven maridos arruinados por sus esposas, ni padres arruinados por sus hijas; pero se ven frecuentemente mujeres arruinadas por sus esposos i padres arruinados por sus hijos. Entre nosotros la mujer es siempre lo que el hombre quiere que sea.

Pero las mas nobles cualidades del carácter de la mujer chilena permanecieron desconocidas hasta la grandiosa época de la revolucion. Fué solo entónces cuando se presentó en todo su relieve el alma de la mujer chilena. De en medio de la atmósfera conventual en que habia vivido, de entre el misticismo de la edad co-

lonial, nacieron ¡fenómeno extraño! esas mujeres varoniles, heroínas tan grandes como los jenerales de la revolucion, i a quienes los hombres todavía no han levantado estatuas, como si la abnegacion i el heroísmo de las mujeres no fueran dignos del bronce i del respeto de los pueblos.

Talvez esas virtudes solo se recompensan en los hombres, porque son mas escasas entre ellos!

Muchas veces hemos querido esplicarnos el hecho sorprendente de cómo nació de aquellas mujeres creadas bajo el réjimen colonial la gloriosa i fecunda jeneracion de 1810 que derramó su sangre por la libertad de la patria, i que hasta ahora nos asombra por su fuerza singular, la exhuberancia de vida que en ella dominaba, su valor heróico i los elevados pensamientos que la engrandecieron. Ah! era que nuestras mujeres ya habian principiado a educarse, como lo manifiestan las muchas mujeres instruidas que figuraron en la revolucion; era tambien que la grandes ideas de los filósofos del siglo XVIII llegaron hasta ellas, i fué tanto mas poderosa la impresion que recibier-

on cuanto mas hondo era el abismo de ignominia i de esclavitud en que vivian. Del contraste de esas dos situaciones brotó sin duda un gran pensamiento, una aspiracion sublime por crear una patria independiente i libre, i fué talvez en ese momento supremo en que, engrandecidas por una idea divina, nació la gigantesca jeneracion de 1810.

Hoi... hoi se asegura que la vida moral languidece, que el lujo ha llegado a corromper a nuestras mujeres haciéndolas amar la fortuna mas que la gloria, las comodidades materiales mas que la virtud i la abnegacion.

Si eso fuera verdad, seriamos un pais en ruina: cuando se corrompe el corazon de la mujer, se llega al embrutecimiento jeneral de la sociedad, se pierde el entusiasmo i la fé, viene la decadencia de las opiniones de la literatura, i del arte, la ruina en todo! ¿Cómo soportaríamos las desgracias que nos sobrevinieran en una lucha como la de 1810? Aquellas mujeres aceptaron todos los sacrificios; éstas ¿los aceptarían? ¿Los aceptarían hoi que el culto del dinero ha llegado a ser no solo la religion de los hombres sino tambien la religion de las mu-

¿jeres? Hoi que tanta importnacia se da a la vida suntuosa i en que tan dificil se hace desprenderse de lo superfluo?

Por eso hemos querido recordar en estas pájinas algunos de los sacrificios heróicos que realizaron las mujeres de la independencia, aquellas mujeres que amaban el deber mas que sus comodidades, la patria mas que la familia, la gloria mas que la seda i los encajes. I si es verdad que es útil recordar las grandes acciones por que ellas retemplan los espíritus i alimentan el fuego sagrado del entusiasmo, estas pájinas pueden ser útiles.

II

Camilo Henriquez.—Su influencia sobre las mujeres.

En los días de incertidumbres i de temores que antecedieron a la declaracion de la independencia, los hombres mas atrevidos vacilaban i temian: vacilaban en presencia de lo enorme de la aventura; temian el fracaso de la empresa que seria la caida de sus cabezas. Los mas audaces se mantenian en una semi-oscuridad asomando apénas el perfil de su fisonomía a la luz clara de la aurora revolucionaria. Martinez de Rozas reconocia la soberanía de Fernando VII, creia que la América le

pertenecía en propiedad siempre que viniera a establecerse en el centro de sus vastos dominios; don Manuel Salas iba mas léjos todavía, declaraba que los chilenos debian obediencia a Fernando VII una vez que fuera restituido al trono español, i que él seria el primero en prestarle esa obediencia. Don Bernardo Vera, uno de los hombres de mas ingenio de su época, viéndose acusado de traicion i encerrado en un calabozo, imploró la clemencia de sus jueces con tanta humillacion i cobardía, que nos hace ruborizar a traves de tres cuartos de siglo.

En medio de estas caidas vergonzosas, de estas vacilaciones supremas, de estas timideces impropias de hombres que se habian comprometido en una empresa audaz i gloriosa, la revolución corria el riesgo de fracasar si no se presentaba uno de esos salvadores providenciales, uno de esos caracteres poderosos que dominan los sucesos, que levantan el espíritu público a la altura del heroismo i de los sacrificios. No era posible realizar la independencia por medio de declaraciones indirectas, ni era posible mover las masas que se lanzan

a las grandes luchas, empleando pequeños resortes mas propios de la intriga cortesana que de soldados i apóstoles de una gran causa. Ese hombre destinado a desempeñar tan importante papel apareció en medio del sombrío desconcierto que amenazaba a la revolucion; i para que su influencia fuera mas eficaz i pudiera descender hasta las masas ignorantes i fanatizadas, apareció rodeado de un carácter inviolable: era un fraile de la Buena Muerte, llamado Camilo Henriquez.

A la aparicion de Camilo Henriquez, todas las falsas protestas de adhesiones a la reyecía se extinguieron como por encanto: a las cobardes vacilaciones sucedió la propaganda desenmascarada i audaz que imprimió a la lucha este carácter indomable. Hubo un violento cambio de escena. Todos comprendieron desde el primer momento el papel grandioso que este hombre iba a desempeñar. Se notó un movimiento jeneral de asombro i de curiosidad. Parece que aquella jeneracion se hubiera empujado para ponerse a la altura del nuevo apóstol.

Camilo Henriquez llegó asegurando que en

el libro eterno de las naciones estaba inscrito el nombre de un pueblo nuevo, de una *república de Chile*, nacida a la libertad para engrandecimiento de la humanidad. Declaraba con franqueza i enerjía la necesidad de la independencia absoluta, fulminaba a Fernando VII i a toda la raza de los Borbones calificándolos de tiranos i de autores de todas las desgracias de sus pueblos, ponía en relieve el hecho ridículo de que los chilenos, pudiendo gobernarse por sí mismo, fueran a solicitar la direccion de sus propios negocios a tiranos incapaces, a gobiernos arbitrarios i corrompidos que vivian a tres mil leguas de distancia de nuestro suelo.

Este lenguaje nuevo, valiente, verdadero, envalentonaba a los tímidos i exaltaba a los apasionados. Los escritos de Camilo Henriquez no solo se desparramaron por nuestras ciudades sino que pasaron pronto la frontera de nuestro territorio i en Lóndres misma eran dados a la publicidad en junio de 1811.

I este hombre de carácter, que fué el primero en lanzar audazmente la gran palabra de *independencia* que los mas valientes tenian

oculta en el fondo de su alma, tuvo tambien sus horas de flaqueza, dejándose contajiar por el temor que dominaba a los gobernantes del pais, por los peligros que podria traer una actitud demasiado clara i sobre todo hostil a los derechos de Fernando VII, lo que explica el por qué en el primer número de *La Aurora* se veian estas palabras: *¡Viva la Union, la Patria i el Rei!* tributo pagado a las preocupaciones de la época. Pero pronto volvió a tomar la pluma del austero i valiente revolucionario i, desde entónces no se apartó de la senda que le trazaron sus puros antecedentes i su poderosa razon.

Ademas de su gran mision en la prensa, Camilo Henriquez ejerció una influencia benéfica en el pueblo: contribuyó a dar cierto carácter sagrado a la revolucion. Aquella jeneracion nacida a la sombra del fanatismo colonial, víctima de todas las viejas supersticiones, acostumbrada a ver en el sacerdote al supremo juez de sus destinos, no pudo ménos de creer justa i santa la causa revolucionaria que sostenia con tanta fé i entusiasmo ese fraile sublime. Las mujeres sobre todo eran misterio-

samente arrastradas por aquella figura pálida i sentimental, de ojos ardientes i de sonrisa melancólica; las costumbres puras de Camilo Henriquez alejaban la natural desconfianza que su propaganda anti-relijiosa podria despertar; no se le temia, porque se revelaba en su fisonomía el alto ideal que constituia la aspiracion de su vida. La sotana negra que vestia, con una cruz roja sobre el pecho, único traje de esa especie que se veia en toda la milicia sacerdotal, contribuia tambien a hacer de él una figura única.

Los servicios que con su influencia entre las mujeres prestó Camilo Henriquez a la causa de la independencia, fueron inmensos: su actitud al frente de la revolucion debilitaba la propaganda subterránea que hacia una parte del clero a favor de los derechos del monarca español, al cual creia vinculado su poder i prestijio.

III

EL SALON EN 1810.

Belleza i dominio de las mujeres.—Ana
María Cotapos.—Javiera Carrera.

Los salones de 1810 fueron las academias revolucionarias en cuyo seno se agitaban las grandes i fecundas ideas que realizaron todos los prodijios de la independencía. En aquella época de sacrificios i de peligros, los hombres necesitaban comunicarse recíprocamente todas sus esperanzas a fin de mantener vivo el calor de su entusiasmo i de su fé.

Las mujeres eran el alma de estas reuniones

peligrosas, i preciso es declararlo en su honor, jamas la fragilidad i lijereza de su sexo las llevaron a cometer una indiscrecion. Entónces supieron guardar graves e importantes secretos. Parecia que desde el primer momento comprendian el papel que les estaba reservado en la revolucion, pues se necesitaba de todo el encanto, de toda la fascinacion que ellas ejercen en el espiritu del hombre, para matener vivo el heroismo de la gran lucha i la resolucion de morir o vencer a todo trance.

I esas mujeres que mecieron la cuna de la libre patria, eran dignas de inspirar los mas elevados sentimientos: parece que la naturaleza, en aquella primera aurora de libertad, se hubiera complacido en hacerlas mas bellas i esforzadas de lo que son i fueron jamas. Tan apasionadas o mas que los hombres, deseaban que las teorías revolucionarias se convirtieran pronto en hecho, querian ver formarse una gran patria i ser ellas las que dieran vida i aliento a los nuevos héroes. Los hombres que figuraban en la revolucion, la mayor parte mui jóvenes i mui hermosos, llevaban en su corazon un doble ideal, el de la patria i el de

la mujer amada, i por eso fueron directamente a la victoria.

Se conservan como tipo de suprema belleza las fisonomías de muchas de las mujeres que en aquella época figuraron por la influencia que les daban su posición social, sus talentos i energía, sus virtudes domésticas o el amor que inspiraron a los mas célebres caudillos. María Graham, la ilustre viajera inglesa que ha escrito tan hermosas páginas sobre nuestra vida de entonces, manifiesta su admiración en presencia de algunas de las mujeres que conoció; refiriéndose a la esposa de Juan José Carrera, la bella Ana María Cotapos, dice que al verla le pareció mas que una mujer «un sueño de esos que aparecen en la fantasía del romance. Sus ojos cautivaban i seducían a la vez; poseía una boca que ningun pintor ni el cincel de la escultura habria igualado en las *Hebes* i *Gracias* imaginadas por el arte.”

I sin embargo en esa época, cuando María Graham la conoció, Ana María Cotapos era ya una viuda de treinta i dos años i su belleza debia estar ajada por los sufrimientos i las desgracias. ¡Qué ideal no realizaria esa mu-

jer en los años de su espléndida juventud!

I el corazon de esta mujer admirable era todavia mas hermoso que su fisonomía: tierna, sensible, enamorada de su esposo, hizo del matrimonio una vida de sacrificios i de esfuerzos heróicos. Sus cartas escritas en los dias de proscricion son conmovedoras i afectuosas i revelan en cada línea la profunda pasion que la dominaba; leyéndolas ahora, despues de medio siglo, uno cree sentir el calor de aquel gran corazon.

No fué menor el asombro que otros ilustres viajeros espermentaron en presencia de Javiera Carrera. «Parecia una reina destronada», dice uno que la conoció en sus últimos tiempos. En efecto, pocos nombres femeninos de la historia americana están envueltos en una atmósfera de gloria i desgracia semejante a la que rodea al de Javiera Carrera. Un nacimiento ilustre, una belleza de reina que hacia inclinarse ante ella a los mas indomables capitanes de la revolucion, una frente elevada que nunca consiguieron inclinar las tremendas desgracias que la azotaron, ojos en los cuales centelleaban todas las borrascas del alma, un

talento i una instruccion notables para una mujer de su época, i un valor, una abnegacion i constancia dignas de un conquistador. Todos estos dones de la naturaleza, suficientes para hacer de esa mujer una gran figura, fueron despues realzados por el martirio, por la sombra del patibulo de los Carreras, que ha dado a ese apellido un tinte de melancólica grandeza.

Así, dominando en los salones mujeres tan brillantes, se comprende cómo los hombres de aquella época les concedieron influencias políticas en la marcha de los acontecimientos i como el espíritu de aquella jeneracion se elevó tan alto. Se habria querido ser un héroe solo para atraerse la admiracion i el aplauso de semejantes mujeres.

A la edad apénas de veinte i cinco años ya era doña Javiera Carrera uno de los consejos i uno de los brazos de la conspiracion libertadora. Su salon fué el verdadero hogar de la revolucion. Allí se concentraron, buscando un comfortable abrigo, todos los hombres i todas las ideas de la época; allí fermentaban las cabezas i tomaba cuerpo i brios la revolucion.

Fué en este salon, mitad club i mitad asamblea, a donde una noche se desplegó a la vista de los concurrentes emocionados el nuevo estandarte de la patria, que debia reemplazar al español, i que se conoce en la historia con el nombre de la bandera de la *patria vieja*. Esa gloriosa insignia compuesta de tres listas azul, blanca i amarilla, fué confeccionada por manos femeninas i segun todas probabilidades la idea fué obra exclusiva de doña Javiera Carrera. A la mañana siguiente se veia izada esa bandera al frente de algunos edificios públicos. Los revolucionarios, sin hacer el menor ruido ni ostentacion, habian derrocado en una mañana el pabellon español que desde hacia tres siglos flotaba sobre la fachada del palacio de los capitanes jenerales.

La república tenia ya su símbolo.

Se vé por ese paso tan atrevido la poderosa influencia que esta mujer ejercia en la revolucion. Alma ardiente i apasionada, amaba la accion i desafiaba el peligro. Tenia por la gloria un amor loco. Casada dos veces con hombres que le eran mui inferiores como talento i carácter ¡ella que hubiera querido ser

la esposa de un héroe! reconcentró en sus hermanos todos sus sueños de predominio. De aquí talvez que amara en la revolucion, mas que la grandeza humanitaria de la empresa, la brillante posicion que iba a dar a su familia haciéndola árbitra de los destinos del nuevo estado: por eso se la vió siempre atrevida e infatigable lanzando a sus hermanos en aventuras de una audacia loca. Creia que no era egoista por que su pasion le impedia ver el límite en que la ambicion, cuando es gloriosa, se confunde con los grandes intereses de un pueblo. "Si hubiera sido un poquito egoista no estuviera envuelta en ruinas de que nadie puede librarme," escribia de Buenos Aires a su hermano José Miguel en setiembre de 1817. No era efectivamente egoista en el sentido material; era jenerosa i jamas se detuvo ante un sacrificio; pero tenia el egoismo de su gloria i de su nombre.

En el círculo de la familia dominaban completamente sus opiniones. Sus tres hermanos, José Miguel, Luis i Juan José, apesar del valor temerario que los distinguia, eran de una índole suave, sentimental, romántica; José Mi-

guel que habia desafiado solo con su espada al rei de España, obraba, sin embargo, muchas veces esclusivamente bajo la inspiracion de su hermana i no hai duda que ella contribuyó en gran parte a perderlos. Seria talvez una gran crueldad suponer que dos de los tres patibulos fueron su obra, a pesar de que la historia tiene de estas crueldades en cada una de sus páginas.

Pero, el destierro i la desgracia purificaron a esta mujer de las faltas que talvez cometió. Jamas se ha visto llevar en el corazon un recuerdo mas doloroso durante una vida mas larga. Vivió 80 años; lo que es una grave falta en una mujer, especialmente en una mujer del gran mundo.

IV

Los colores nacionales.—El gran baile de los Carreras.

¿Cuándo se enarboló por primera vez la bandera tricolor de la república?

Un historiador de traje talar, el reverendo frai Melchor Martinez, consigna en su *Memoria histórica sobre la revolucion de Chile*, que el glorioso tricolor fué enarbolado por primera vez el 30 de setiembre de 1812, aniversario de la instalacion del primer gobierno nacional. Otros historiadores sostienen que el estreno se efectuó en las fiestas de Corpus de 1813; pero el *Monitor Araucano*, anterior a

esa fecha, manifiesta que la bandera blanca, azul i amarilla guiaba al ejército patriota ántes de aquella fecha.

Camilo Henriquez, que escribía magnífica prosa i detestables versos, compuso unas cuantas estrofas a la exhibicion del estandarte en la espresada fiesta de Corpus — estrofas que no reproducimos por respeto a la memoria del célebre escritor—en las que se asegura que el estandarte tricolor habia ya conducido a la victoria al ejército patriota en los campos de San Carlos i Yervas Buenas, es decir, el 26 de abril i el 15 de mayo de 1813.

La adopcion de ese emblema de la nueva nacionalidad produjo un verdadero entusiasmo i su estreno público fué considerado como la franca i resuelta iniciacion de una nueva era.

Los colores del estandarte nacional se popularizaron de tal manera que el llevarlos las señoras en sus vestidos llegó a ser una señal de buen gusto, de distincion i de homenaje a las ideas dominantes; los trajes de los niños se embellecian tambien con lujosas cintas tricolores. En aquella época la forma no era como hoi una cuestion accesoria, i los

asuntos al parecer mas insignificantes revestian un carácter de augusta solemnidad cuando se relacionaban con la patria.

El 16 de julio de 1812 se declaró que todas las clases del estado secular usasen la escarapela tricolor que ya se habia dispensado al ejército. Este emblema de la nueva nacionalidad era tambien un lazo fraternal que debia unir a todos los defensores de su soberanía. Estas cosas que hoy talvez podrian estimarse como niñerías, como medidas fútiles, dan a conocer el corazón de nuestros padres, sus inquietudes, su celo, sus zozobras, i uno se siente dominado i conmovido por el respeto que merecen tales sentimientos.

Estas manifestaciones emblemáticas en obsequio de la nueva patria tuvieron una alta importancia durante el gobierno de los Carreras, que se empeñaban en derribar todos los viejos símbolos de la tiranía; los Carreras querian rejuvenecer a la vieja sociedad colonial dando vida i animacion a los salones, poniendo a las rancias marquesas del antiguo réjimen en contacto con las jóvenes damas que por su intelijencia, su instruccion, o los ser-

vicios que prestaban sus padres o esposos a la revolucion, estaban en situacion de adquirir o habian ya alcanzado un nombre ilustre.

No fué ajeno a estos propósitos el gran baile que los Carreras organizaron en celebracion del aniversario de la instalacion de la primera Junta Nacional el 18 de setiembre de 1810.

Ese baile que fué uno de los acontecimientos de la época, tuvo lugar en el palacio de la Moneda, cuyos salones fueron arreglados por una comision de damas—a cuyo frente estaba Javiera Carrera—con una elegancia desconocida entre nosotros.

«En la portada principal del palacio de la Moneda, dice un historiador hablando de dicha fiesta, se habia colocado un lienzo ovalado en el cual se habia pintado el nuevo escudo de Chile. Este consistia en una columna dominada por un globo, sobre el cual habia cruzadas una lanza i una palma. Al lado izquierdo de la columna estaba un gallardo jóven vestido de indio; i a la derecha una hermosa mujer con el mismo traje. Encima de todo i a alguna distancia, se elevaba radiante una estrella. En la parte superior se leia: *Post tenebras*

lux; i en la interior: *Aut consilio aut ense*. Habia entónces en el segundo patio de la Moneda, frente a la entrada, una gran ventana que tenia una primorosa reja de fierro con el escudo real de España. Se pusieron muchas luces detras de aquella reja, habiéndose cuidado de cubrir con hojas de lata el escudo real, que asi formaba una mancha oscura en medio de un espacio resplandeciente.

«Era evidente, murmuraban los realistas, que con tal fantasmagoría se deseaba simbolizar el ocaso de la monarquía (1)».

En otra parte del salon se leia esta inscripcion en letras doradas:

1810

ÚLTIMO AÑO DEL DESPOTISMO.

Una mano realista agregó debajo:

I PRINCIPIO DE LO MISMO.

refiriéndose a la personalidad altanera i dominante de los Carreras.

Fué notable el número de mujeres que asistió a este gran baile, distinguiéndose entre

(1) *Amunátegui.—Precursores de la independencia*, tomo 3.º, páj. 549.

todas Javiera Carrera que ostentaba en su cabeza una guirnalda de perlas i diamantes, de la cual pendia una corona trastornada. ¡Hermosa i significativa alegoría!

Otra gran dama, Josefa Aldunate, vestia de *Libertad*; Mercedes Fuentecilla, de *Aurora*, (la aurora de la nueva patria), otras de indias, recordando talvez a los antiguos i tenaces defensores de esta tierra.

Entre los hombres se veian tambien eloquentes alegorías. Luis i José Miguel Carrera llevaban una corona de oro bordada en sus sombreros, sobre la cual caia con violencia una espada que debia partirla.

En aquella fiesta fantástica se hizo pública i valiente ostentacion del deseo que a todos dominaba: la independencia. Hombres i mujeres se confundieron en un solo pensamiento, en un estrecho abrazo, en una eterna promesa. Esa alegre fiesta no simbolizaba el placer sino el sacrificio; talvez todos juraron mentalmente cumplir con su deber, i todos cumplieron su juramento, hasta las mujeres!

V

Luisa Recabárren.

Uno de los salones mas célebres durante la época de la independencía fué el de la señora Luisa Recabárren de Marin, no solo por la hermosura i talento de la dama que en él hacia los honores, sino mui principalmente por la importancia de las personas que ahí se reunian.

Podria decirse que ese salon fué el verdadero centro de los hombres de letras i de los pensadores de la revolucion. Camilo Henriquez descollaba en él como figura estraña i dominadora; su conversacion animada i fecunda

agradaba a todos, especialmente a las mujeres a quienes seducia el contraste de la palabra ardiente con la fisonomía melancólica del fraile. Parecía un hombre dominado por una profunda pasión: sí, padecía de mal de patria— seguían después el doctor Vera, que podríamos llamar el poeta de la revolución; hombre fino i amable, tímido antes de la lucha, pero que no carecía de cierto valor en medio de la acción; Argomedo, carácter frío en apariencias pero apasionado en el fondo; Mackenna, figura caballescica i galante, que tan trágico fin había de tener en el duelo con Luis Carrera; Irisarri, crítico i polemista eminente, diplomático i hombre de estado. Tales eran las figuras principales de aquel salón histórico.

En medio de esa sociedad brillante, Luisa Recabárren ejercía el encantador dominio que dá la belleza unida a las altas dotes del espíritu i del corazón. Seducido por tantos atractivos, un hombre de mérito, don Gaspar Marin, que después había de representar un gran papel en la revolución, la hizo su esposa. Ella se casó enamorada; había encontrado por fortuna un hombre que realizaba sus sueños de

mujer; Marin, casi tan jóven como ella, poseia ademas esa otra juventud eterna que jamas se marchita con los años, la juventud de las grandes ideas i deseos.

En 1810, al iniciarse la revolucion, Marin tenia 33 años (1) i apesar de su juventud era uno de los hombres mejor preparados por el estudio para lanzarse en medio del torbellino de la gran lucha. Carácter firme, valiente, siempre dueño de sí mismo, sus compañeros de colejo le habian baustizado con el título de *el romano*. En su juventud su lectura favorita habia sido las *Vidas de Plutarco*, o la *Biblia de los fuertes*, como dice Michelet. Despues se apasionó de Rousseau, bebiendo en él su elocuencia i sus principios.

La intimidad de Luisa con aquel hombre ilustre contribuyó a desarrollar sus fuerzas intelectuales elevándolas a una grande altura. Fué una de las mujeres de su época que conoció mejor la literatura francesa, cuyo idioma poseia con perfeccion; brillante en la conversacion i en la polémica, discutia cualquier

(1) Don Gaspar Marin nació en 1772 i Luisa Recabárren en 1777.—Ambos nacieron en la Serena.

asunto social o histórico, político o religioso, con una elevacion de criterio que asombraba a los hombres eminentes que frecuentaban su salon. Se asegura que fué ella, durante muchos años, el solo maestro de sus hijos: el éxito que obtuvo de su enseñanza es bien conocido, pues de ese hogar cariñoso salieron inteligencias que han honrado a la república: Ventura Marin, el escritor i filósofo austero que consagró su vida a la meditacion i al estudio; Francisco; orador de mérito i hombre público de acrisolada virtud; Mercedes, una de la poetisas mas inspiradas i fecundas de América.

La reconquista española ofreció a Luisa Recabárren la oportunidad de dar a conocer las dotes admirables de su corazon; ante el triste espectáculo que ofrecia la ruina de la grandiosa obra de nuestra independenciam, élla no se abatió un solo instante; tenia profunda fé en el resultado final de la empresa, i cuando todo parecia perdido, Luisa aseguraba que era imposible volver a esclavizar a un pueblo que habia probado, siquiera por una hora, las delicias de la libertad. Seria cuestion de mas sacrificios i de mas sangre, pero nunca se logra-

ria borrar del corazon del pueblo el ideal de su independencia.

En octubre de 1814, cuando los españoles victoriosos perseguian a los patriotas como el tigre persigue a su presa, Marin se vió obligado a ocultarse en un asilo retirado. Luisa siguió viviendo en su casa; pero por la noche se deslizaba sola por las sombras calles hasta llegar al apartado rincon en que se ocultaba el ilustre patriota. Algunas rápidas horas de felicidad dulcificaban los pesares de aquel noble infortunio. Sin embargo, estas entrevistas, tanto mas adorables cuanto que eran arrancadas al peligro, no pudieron repetirse mucho, i Marin decidió emigrar, como tantos otros, al otro lado de los Andes.

Luisa Recabárren tuo que luchar desde entónces con una doble adversidad: la completa falta de recursos (sus bienes estaban confiscados por el gobierno español), i el golpe dado a su corazon con la ausencia de su esposo; pero los espíritus heróicos recobran nuevos bríos en medio de las grandes desgracias.

Desafiando todos los peligros que la amenazaban, Luisa comunicaba a su esposo los

acontecimientos políticos que podían interesar a los planes de los emigrados, recibiendo de él igual retribución. Cada vez que una carta de Mendoza llegaba a sus manos buscaba cautelosamente a los patriotas o los reunía en su casa para darles cuenta de lo que su esposo le refería, reanimando así el abatido espíritu de algunos.

La propaganda de esta mujer animosa no tardó en llegar a los oídos de Marcó; se la supuso en correspondencia con Manuel Rodríguez, porque entre los papeles de éste, capturados en Melipilla, se citaba a la señora Recabárren «como una de las personas que se encontraban presentes a la lectura de cierta carta circunstanciada de San Martín». Marcó creyó que la clave con la cual podría descifrar los nombres de las personas comprometidas en estas correspondencias, se encontraba en poder de Luisa Recabárren, (i parece que lo estaba realmente), i exigió de ella la entrega de ese importante medio de desbaratar la revolución; pero todas las amenazas fueron inútiles. A fin de doblegar su carácter se la condujo presa al Monasterio las de Agustinas, el 4 de enero de

1817, mientras se seguían los trámites de su proceso.

La hermosa prisionera debió sufrir amargamente en su encierro, pues en esos asilos monásticos se conservaba poderoso el viejo espíritu feudal de la colonia. Las revoluciones del pensamiento se estrellan siempre al pie de estos muros inamovibles sin que logren conmoverlos, como se estrellan las olas del océano contra las grandes rocas.

Pocos días después, el 12 de febrero, la señora Recabárren salía triunfante de su prisión; la república había vencido a la colonia i Luisa podía ver realizado su ideal de patria.

¡Grandiosa época! Cuán dignas de ser amadas, de ser adoradas de rodillas, eran aquellas nobles mujeres, que, olvidándose de que eran esposas i madres, se inspiraban solo en el amor a la patria! Así, con el ejemplo de su heroísmo, engrandecían la familia e inculcaban en el alma de aquella generación la idea del deber i del sacrificio, hoy al parecer tan debilitada.

VI

Agueda Monasterio.

El 1.º de abril de 1811, en medio del estruendo del motin Figueroa, tenia lugar en el teatro mismo de los sucesos una escena dramática i conmovedora: una dama distinguida, una mujer hermosa i jóven todavía, que olvidándose completamente del peligro que corria se lanzaba en medio del combate. ¿Cuál era la causa de tan heróica accion? Era una madre que buscaba a su hijo a quién se suponía herido o agonizante entre los combatientes.

Esa mujer valiente i abnegada, esa verdadera madre, se llamaba Agueda Monasterio de

Lattapiat. Era oriunda de una antigua familia colonial i esposa de un hombre distinguido, don Juan Lattapiat, brillante oficial frances que habia servido con gloria en la reconquista de Buenos Aires, a las órdenes de Liniers.

Tal fué el primer hecho público en que se dió a conocer el carácter de esa mujer que mas tarde habia de ser una de las glorias femeninas de la revolucion de la independenciam.

Agueda Monasterio tenia 35 años a la fecha del suceso que acabamos de narrar, i era una figura noble, llena de altivez i de enerjia. Estrechamente unida a las ideas de su esposo se habia lanzado a servir a la revolucion en la esfera que le era posible: la espada del marido era terrible i prestigiosa, el carácter de la esposa tenia tambien la firmeza i resistencia del acero.

Careciendo del brillo i de las comodidades de la fortuna, su labor habia sido silenciosa, pero no por eso ménos fecunda; educada en un hogar virtuoso i modesto, existia la mas estrecha armonia entre sus hábitos e ideas: de aqui provenia su gran fuerza moral, su inquebrantable resolucion ante el cumplimiento de un deber.

En su salon, modesto salon por cierto, no se reunia el mundo elegante sino esa sociedad mas seria, mas severa, que vive del trabajo i que debe exclusivamente a él las comodidades i placeres de que disfruta. Esa sociedad constituia la fuerza democrática de la revolucion; todos aquellos espíritus deseaban la independencia con la república.

En el centro de este grupo de obreros laboriosos se alzaba dominadora la señora Lattapiat; su talento, su carácter, sus virtudes i entusiasmo, la habian hecho naturalmente el jefe de aquella reunion de hombres austeros. Se asegura que su conversacion embelesaba; expresiva, elocuente, llena de imájenes, comunicaba a los que la escuchaban el fuego de su alma.

Al lado de esta mujer, o mas bien al calor de su ardiente mirada, crecia su hija Juana, niña de 14 a 15 años, cuyo espíritu se abria a todas las emociones de esa vida tan ajitada. Madre e hija trabajaban unidas, velaban juntas escribiendo sobre la pequeña mesa del salon o de la alcoba... ¿Qué escribian? Cartas de aliento a los emigrados, comunicaciones que

podríamos llamar oficiales, sobre los mas importantes sucesos del dia, pues, a esa mujer varonil no solo se le confiaban los mas importantes secretos, sino tambien las comisiones mas dificiles i delicadas, comisiones que desempeñó siempre con un tino i acierto asombroso.

La influencia i la actividad de la señora Lattapiat alarmó al fin a Marcó, se la amenazó i se la vijiló con el mayor cuidado. Ella no acobardó un momento: entre su tranquilidad i el triunfo de la revolucion se decidió por el primer sacrificio. Rodeada de espías se la sorprendió una correspondencia que dirijia a San Martin, que a la fecha se encontraba en Mendoza. A fin de arrancarle los grandes secretos de que era depositaria, Marcó la hizo encerrar en una inmunda prision e intentó martirizarla cruelmente. Aquel afeminado cubierto de encajes, i cuya espada de oro jamas se manchó con sangre en los combates, era de una crueldad feroz. Se propuso arrancar a toda costa los secretos que se negaba a revelar su noble víctima i preparó el suplicio.

Se elevó la horca en el costado norte de la

plaza principal i se ordenó que ántes de la ejecución, el verdugo cortara la mano derecha de la niña Juana, por haber escrito con ella algunas de las correspondencias que le dictaba su madre.

Felizmente cuando el suplicio iba a consumarse, Marcó ordenó se suspendiera la ejecución. ¿Cuál fué la causa de este perdón inesperado? Hai quienes lo atribuyen a las influencias de algunos realistas i otros al temor de la indignacion que semejante suplicio despertaria en un pueblo ya prevenido i pronto a lanzarse en la revuelta.

La señora Monasterio i su hija fuéron conducidas silenciosamente a su casa por algunos amigos. Ai! en vez de aquella mujer arrogante se les entregaba solo un glorioso cadáver!—La humedad del calabozo, las mil privaciones de que se la hizo víctima, las amenazas continuas, el sentimiento de ver perdida la causa de la patria, el patíbulo que se alzaba al frente de su prision, el martirio brutal de que se iba a hacer víctima a su hija, toda esta enormidad de dolores abatió su naturaleza, i al salir de la prision la señora Monasterio llevaba impre-

so en la frente el sello de la muerte. Apesar de ser una mujer jóven todavía sus cabellos habian encanecido completamente; la pasion i el dolor habian echado sobre esa cabeza un blanco sudario Murió pocos dias despues; seis dias ántes de la victoria de Chacabuco. La naturaleza fué demasiado cruel con ella privándola de la dicha de presenciar ese gran triunfo.

VII

ROSARIO ROSALES.

Ejemplo sublime de amor filial.

Después del triunfo de las armas españolas sobre los ejércitos de la república, es decir, durante la reconquista, muchos de los hombres que habían tomado parte a favor de la revolución fueron condenados por Ossorio a las prisiones o al destierro. Cuando las prisiones de la capital estuvieron repletas se recurrió a la deportación, elejiéndose como sitio predilecto el presidio de Juan Fernandez situado en la isla inmortalizada por Crusoe. En ese lugar los sufrimientos eran mayores i la muerte

mas fácil: se moria silenciosamente i los nombres de las victimas no podian despertar la compasion de nadie, pues se ignoraba el martirio. De esta manera se desarmaba tambien a la venganza.

Entre los condenados a la muerte del destierro en los presidios coloniales, se encontraba don Juan Enrique Rosales, anciano honorable, que habia ocupado altos puestos públicos durante la república i que se encontraba enfermo, casi moribundo.

Ese septuajenario tenia una hija jóven i hermosa, llamada Rosario, la cual desde que supo el triste destino de su padre no vaciló en seguirle a su prision, ligando para siempre su brillante porvenir al del autor de sus dias. No hai heroismo igual a los veinte años! No hai enerjía semejante a la suya para conseguir tan jeneroso intento!

La empresa, sin embargo, era mas árdua de lo que ella se habia imaginado; creyó la cosa mas natural que una hija siguiera a su padre a la prision, pero no era así, se le prohibió acompañarle. Entónces la heróica jóven se lanzó de puerta en puerta para obtener ese

favor; el favor de cuidar de un viejo, casi un cadáver! pero fué rechazada en todas partes.

¡Hermoso espectáculo el que ofrecia aquella mujer jóven, adornada con todas las gracias del espíritu, con todos los atractivos de una figura encantadora, que perseguia con obstinacion su propósito i no se desalentaba ante las dificultades, las humillaciones i los mil peligros de su situacion! Se presenta delante de todos los poderosos del dia i les espone su existencia; pero nadie la atiende. Suplica, exige, llora, se desespera, todo inútilmente. Hasta los lacayos le cierran el paso. No ha habido calvario igual al de esa jóven.

Llega al fin el dia de la partida, i los deportados son embarcados a bordo de la corbeta *Sebastiana*. Cuando la enerjía mas viril se hubiera doblegado ella no se desalienta un instante. Se presenta a sir Tomas Staime, comandante de la fragata inglesa *Bretona*, anclada en Valparaiso, i le ruega pida al capitán de la *Sebastiana* le conceda el favor de seguir a su padre. El marino se conmueve ante esa súplica tan noble i ante esa mujer tan bella i le promete obtener lo que solicita. El corazon

castellano se dispone a la clemencia, no ante las lágrimas de la hija, sino ante la solicitud del poderoso marino. La jóven llora de placer al saber que no se la separará de su padre.

Sin recursos de ningun jénero, no llevando consigo mas ropas que las que cubrian sus cuerpos (pues no era posible burlar la vijilancia española i el gobierno prohibia estrictamente los ausilios de la familia) los desterrados se pusieron en marcha para la desierta isla. Dos años habitó la jóven con su padre un rancho espuesto a todas las intemperies del tiempo; dos años se alimentó con los frejoles de los prisioneros! Una noche un incendio redujo a cenizas su habitacion i miserable moviliario. Entónces continuaron viviendo al abrigo de las grandes rocas, a la sombra de los árboles, hasta que el triunfo de la revolucion la condujo al seno de su familia. Aquel regreso debió ser una verdadera apoteosis a la virtud i a la perseverancia sin ejemplo de Rosario Rosales.

VIII

Mercedes Fuentecilla.

Entre las mujeres hermosas de 1810, destacaba en primera línea Mercedes Fuentecilla (1). Sus facciones eran delicadas i graciosas, su cutis blanca i purísima, sus ojos i cabellos negros; sus ojos especialmente eran la expresión de su alma, ardientes, apasionados, deslumbradores; era imposible mirarlos sin inclinarse ante ellos. A los encantos de su rostro unía la majestad de su figura. Como lo ha dicho María Graham, las mujeres de aque-

(1) Este apellido se ha transformado ahora en Fontecilla que llevan todos los descendientes de aquella familia.

lla época parecían reinas. El traje en boga, en que dominaba el desnudo; hombros i brazos descubiertos, aumentaba la belleza de las mujeres poniendo de relieve sus bustos.

El hombre mas notable de entónces, José Miguel Carrera, se enamoró de esta mujer i la hizo su esposa. Ella, enamorada tambien i seducida al mismo tiempo por la brillante posicion que se le ofrecia, unió su hermoso destino a ese jénio del bien i del mal que debía lanzarla al traves de todos los abismos i desgracias de su vida. Podria decirse que desde las gradas mismas del altar, sin despojarla aun de su blanco traje de novia, José Miguel Carrera condujo a su esposa al destierro, a los campo de batallas, i que las delicias de su luna de miel fueron los terrores i zozobras de los asaltos nocturnos i los jemidos de los moribundos.

Siguiendo a su esposo por toda la estension de la inmensa pampa arjentina, formando parte del bagaje de su ejército, corriendo todos los peligros de tan tremenda situacion, dando a luz sus hijos en medio del desierto, sufriendo el hambre i la sed,—¡ella que habia nacido

rodeada de todas las comodidades i halagos de la fortuna!—soportaba alegre i contenta tan terribles pruebas.

Jamas las molestias de su vida errante, la pérdida de sus goces materiales, de su fortuna, de su familia, de su encumbrada posicion social, turbaron el sueño de esa heróica mujer; nunca sus labios dejaron escapar un reproche ni una queja. Enferma a veces, criando dos hijos, durmiendo entre dos cunas, su alma solo sufría ante el incierto porvenir de esos niños i el sombrío destino de su esposo. Amaba a ese hombre desgraciado, a ese espíritu fogoso, a ese jenio proscrito, con toda la fuerza del primer amor. Amenazada constantemente en su cariño por el recuerdo del doble patíbulo de Mendoza, en que perecieron Luis i Juan José Carrera, una secreta voz le decia que el mismo caeria derribado a su sombra. Cuando tales ideas asaltaban su mente, su pasión se transformaba en locura, hubiera querido estrechar eternamente entre sus brazos, aprisionándolo para siempre, a ese ser que se le escapaba, que huía en persecucion de un ideal imposible.

Las exigencias de la lucha en que estaba

comprometido Carrera separaron un día a los dos esposos; ella se fué a vivir en un rancho solitario mientras él seguía la serie de sus victorias i desgracias. Solo de cuando en cuando el destino unia por una hora a los dos esposos. Entónces un rayo de sol descendía sobre la pobre habitacion de Mercedes. Una noche, una de esas noches solitarias en que las pasiones profundas asumen de improviso un carácter violento e impetuoso, José Miguel Carrera vió en su pobre estancia una de esas apariciones que nos hacen soñar despierto. Era la esposa enamorada e impaciente que desafiando todo peligro iba a consolar el alma angustiada del guerrillero. ¿Cuántas veces se repitieron esas dulces sorpresas? Cuatro o cinco en el espacio de algunos años; aquellos corazones se comunicaban solo por el pensamiento. Las cartas de José Miguel Carrera a su esposa pasan de doscientas i en ellas se refleja la pasión i vehemencia que perdió a uno de los mas ilustres i al mas desgraciado de los chilenos.

Se cree que aquella mujer pudo hacer variar el destino de José Miguel Carrera disuadiéndolo de sus empresas temerarias; pero en

el carácter dominante de este hombre se vé que tal empresa habria fracasado. El amor obra prodijios indudablemente; pero Carrera jamas sacrificó al pié de ese altar el mas insignificante de sus proyectos, la mas pequeña de sus ambiciones. Ella lo comprendia demasiado i de ahí su silencio heróico; o talvez no quiso jamas ser un inconveniente a la gloria de su esposo. Esas almas jenerosas son siempre así, prefieren el sacrificio completo de su vida, tranquilo, sublime, silencioso, ántes que la incertidumbre de hacer cambiar un porvenir, de ser un obstáculo a la gloria del hombre amado.

En sus cartas, en sus cartas amables i encantadoras, se dibuja algunas veces una queja, como se dibuja una sonrisa en el rostro de una mujer que sufre.—«¿No seriamos mas felices viviendo siempre juntos, educando a nuestros hijos, léjos de esta eterna zozobra?» No se atreve a mas; parece que arrepentida de su falta de valor ante el cumplimiento de un deber se hubiera dicho:—«¿Por qué he de ser yo un obstáculo a su gloria? Dejémoslo seguir su destino por terrible que sea!»

Miéntras tanto el desenlace de la tragedia se acercába violentamente. En una de las raras visitas que Mercedes hacia a su esposo fué capturada por el ejército argentino. La desgraciada habia llegado al campamento chileno el dia de la sorpresa de San Nicolás, la catástrofe que decidió del porvenir de Carrera. «Sorprendida i aterrorizada por el conflicto de aquel dia, se habia refugiado en la iglesia con las mujeres del pueblo; pero el jeneral Quintana, que se pagaba de se ser un jentil caballero, envió un ayudante a tranquilizarla, diciéndole—«que aquella no era guerra de damas.»—Dos dias mas tarde el caballeroso Dorrego restituyó su bella cautiva al jeneral chileno, enviándole con ella un cortés saludo». (1)

Desde esa funesta sorpresa Carrera estaba perdido, i su esposa tan íntimamente ligada a él por el amor, era ya una viuda abandonada en pais estraño, con cinco hijos pequeños, sin amigos i sin recursos.

Carrera desesperado, impotente, llevando en

(1) Vieña Mackenna.—*Ostracismo de los Carreras*.—Páj. 302.

su corazón el peso inmenso de sus desgracias, i en su cabeza el fuego inextinguible de su jenio, se lanzó al desierto, a las tolderías indias, buscando aliados entre los salvajes de las pampas. Las tribus le proclaman *Pichi-Rei*. Empeña nuevas correrías; pero ya no dá batallas militares; no tiene ejército; es solo el jefe de montoneras, de hombres desmoralizados. Así, de caída en caída, aquel hombre que realizó como político i como soldado verdaderos prodijios, llegó hasta el patíbulo de sus hermanos i murió como ellos en todo el vigor de su juventud, sin haber podido realizar sus gigantescos propósitos.

Algún tiempo despues una mujer regaba con sus lágrimas esa tumba. Era Mercedes. Lo mas tremendo para ella era no haber podido recibir el eterno adios de los mismos labios de su esposo. Habria querido arrancar del fondo de la tumba aquel cuerpo idolatrado para darle un último i frenético abrazo. Para tranquilizarla fué necesario separarla violentamente de ese sitio i llevarla al hogar de sus hijos.

IX

Las mujeres saben callar.

A principios de 1817, cuando San Martín i los emigrados organizaban en Mendoza el ejército de los Andes destinado a libertar a Chile, habia entre nosotros un hombre encargado de distraer la atención del gobierno, para que aquel ejército pudiera pasar la mas elevada cordillera del mundo sin ser molestado. Ese hombre desempeñó de tal manera su empresa que se hizo un verdadero héroe de romance. Inició una guerra de tinieblas i de sombras; una guerra verdaderamente impalpable. Los españoles, apesar de sus es-

fuerzos extraordinarios, no podían dar caza a ese ser misterioso, que los desorientaba con la rapidez de sus correrías i sobre el cual se circulaban las versiones mas contradictorias. La mitad de la gloria del paso de los Andes se debe a Manuel Rodríguez; sin sus servicios el ejército libertador pudo haber sido despedazado entre los peligrosos desfiladeros de aquellas montañas, que solo permiten marchar uno o dos hombres de frente.

Marcó reconcentró toda su atención i todos los elementos bélicos de que disponía en destruir esta sombra que le atormentaba hasta en su mismo lecho; temía mas al enemigo desorganizado del interior que al poderoso ejército que se reunía en la falda oriental de los Andes; pero, ¿cómo dar alcance a ese fantasma cuya sombra apenas se dejaba diseñar?

—Ayer ha pasado por aquí, decían los campesinos; iba al trote de su negro caballo; su blanca barba ocultaba su rostro. Era un fraile capuchino rodeado de penitentes.

—Nó, ayer estuvo en Santiago, decían otros; abrió personalmente la puerta de la carroza de Marcó i le ayudó a descender. Ha sido él:

cuando ya habia desaparecido, se han recordado los rasgos de su fisonomia.

¿Cómo sorprender i capturar a ese misterioso jénio del bien o del mal?

La accion de aquel fantasma se dejaba sentir en todas partes; era una figura gigantesca que saltaba las zanjas, que cruzaba los bosques, pasaba los rios a nado o sobre los lomos de su infatigable cabalgadura; pedia hospitalidad en los conventos, en los ranchos o en los palacios; por la mañana estaba al frente de su montonera i por la noche bailaba *contradanza* o *gavota* en algun salon de Santiago, i sin embargo, nadie le veia o mas bien nadie queria verle, pues habia un interes universal en ocultarlo.

Las mujeres eran detenidas en los caminos públicos por los soldados españoles que perseguian a Rodriguez, se les interrogaba si habian visto pasar a la sombra, se las amenazaba; pero jamas hubo una delacion. Las mas ignorantes campesinas comprendian que esa vision servia sus intereses, que ese perseguido fantasma era un fantasma amigo.

Las grandes damas de Santiago eran arras-

tradadas a las cárceles, San Bruno, el furioso agente de la tiranía agonizante, las amenaza e insulta brutalmente. Pero las mas severas indagaciones, las mas violentas pesquisas no descubrian nada. Todas las mujeres, señoras i plebeyas, se empeñaban en borrar con su pié la huella que dejaba en los caminos el infatigable guerrillero, i sin este admirable complot del silencio femenino la espada invisible de Manuel Rodriguez no habria podido señalar a los libertadores la senda de la victoria.

Manuel Rodriguez ocultó a Marcó el paso del ejército libertador; pero a su vez las mujeres de entónces ocultaron al héroe; i con su silencio hicieron de él un personaje casi misterioso o fantástico.

X

Paula Jara Quemada.

En la tarde del 19 de marzo de 1818, San Martín, rodeado de algunos oficiales i soldados, se internaba por el valle del Maipo con dirección a Santiago. El aspecto del jeneral i de su tropa era el del abatimiento; una nube de tristeza i de duda cubria aquellas fisonomías varoniles. Era la tristeza de la derrota que el ejército patriota acababa de sufrir en Cancha-Rayada.

De improviso el jeneral es detenido en su marcha. Un extraño grupo de jinetes le intercepta el paso, i una dama, montada sobre un

brioso caballo, una verdadera amazona, le dirige la palabra ofreciéndole ese grupo de bravos para reemplazar las bajas que la derrota acababa de hacer en sus filas. (1)

Esa inesperada aparición femenina era la señora doña Paula Jara Quemada, dama opulenta, entusiasta, patriota, que al tener conocimiento de la desgraciada sorpresa que había sufrido el ejército chileno reunió a todos los inquilinos i capataces de su hacienda de Paine i poniéndose a la cabeza de ellos con sus hijos e hijas salió al encuentro de los vencidos alentándolos con el ejemplo de su valor i abnegación.

I no era solo ese pequeño contingente de hombres el que la señora Jara Quemada iba a ofrecer a los vencidos, sino también todos los víveres de su hacienda, la magnífica caballada i las espaciosas casas de Paine, que fueron

(1) Un distinguido artista chileno, don Nicolás Guzmán, autor del cuadro *La Muerte de Pedro Valdivia*, ha concebido la idea de trasladar a la tela esta grandiosa i sencilla escena. La señora de Jara Quemada, al frente de su pintoresco ejército i rodeada de sus hermosas hijas, hará el más encantador contraste al lado del otro grupo de soldados vencidos i desalentados que mandaba San Martín. Se verá ahí a la mujer comunicando al hombre su entusiasmo i su fe en uno de los momentos más supremos.

transformadas en el cuartel jeneral del nuevo ejército que se reorganizó.

Dias ántes de la escena que acabamos de narrar, el espíritu de aquella mujer extraordinaria se habia presentado en toda su grandeza revelándose la fuerza de su patriotismo i abnegacion.

Una tarde, al caer ya la noche, ve llegar a su casa de Paine a uno de sus mas estimados i antiguos amigos que venia a pedirle hospitalidad. Era un patriota perseguido que buscaba un asilo seguro en aquella casa perdida entre las fragosidades de un mal camino i oculta entre las tupidas arboledas de un antiguo parque; un niño de seis años acompañaba al errante viajero. (2)

La señora Jara se conmovió ante aquel noble infortunio, i sin pensar un instante en los peligros que tal huésped podia traerle, le ofreció la jenerosa hospitalidad que acostumbraba.

Una mañana ve llegar la señora Jara una partida de soldados españoles; creyendo se presentaban en busca del patriota que oculta-

(2) Ese niño se llamaba Manuel Montt, que mas tarde habia de ocupar los mas elevados puestos de su patria.

ba, se lanza fuera de su casa acompañada de su servidumbre, resuelta a impedirles el paso.

Los soldados no buscaban a nadie; ignoraban que allí se ocultaba un patriota; venían solo en busca de provisiones.

—Queremos la llaves de las bodegas; dice adelantándose el oficial que mandaba la tropa.

—Las llaves no las entrego a nadie, contesta la altanera dama; si usted quiere provisiones las tendrá en abundancia, pero le prohibo penetrar en mi casa. Yo sola mando aquí.

El oficial encolerizado ante aquel obstáculo mandó a su tropa hacer fuego; pero la heroica mujer se precipitó sobre ellos llegando a tocar con su pecho las carabinas tendidas horizontalmente. Los soldados vacilaron asombrados ante aquel heroísmo.

El oficial desconcertado ordenó entonces el incendio de la casa.

La señora Jara señalándoles el fuego que ardía en el brasero les dice:

—Ahí tienen Uds. el fuego.

El oficial ordenó a su tropa la retirada; talvez repugnaba a su espíritu sacrificar a esa mujer varonil.

Terminada la guerra de la independencia la señora Jara se dedicó exclusivamente a la práctica de la caridad. Fué uno de los espíritus mas abnegados de su época. Después de haber contribuido a la libertad de su patria trataba de libertar a los oprimidos de la miseria.

XI

Manuela Rozas.

Se ha hecho con justicia un gran timbre de honor para esta ilustre mujer el hecho de que perteneciendo a una familia compuesta casi en su totalidad de realistas, se mostrara sin embargo una de las patriotas mas vehementes i exaltadas de la época; pero es preciso recordar que era sobrina de Juan Martinez de Rozas, i que las ideas de este hombre eminente sedujeron a la entusiasta jóven, arrastrándola del lado de la revolucion, cuya causa

abrazó sirviéndola siempre con abnegacion i valor.

Esta resuelta actitud tenia entónces una importancia que hoi no se puede calcular, sino recordando que el realismo—o sea la contra revolucion—tenia en cada familia, por no decir en cada casa, un abogado sincero i ardiente que combatia las nuevas ideas i predicaba la resistencia. Por amor a Fernando VII—mas que a la monarquía, a la España o al régimen implantado en 'las Colonias—el realismo conservó siempre un poder extraordinario de resistencia. Fernando VII fué talvez el monarca español mas querido entre nosotros, como que fué el mas combatido; se le amaba por su desgracia, su debilidad i el despojo de que se le habia hecho víctima. A tres mil leguas de distancia, aquellos golpes al monarca llegaban precedidos de un eco de compasion que resonaba con fuerza en el sensible corazon de las mujeres. De ahí, del fondo de ese sentimiento jeneroso, sacaban los realistas su mayor fuerza.

La mujer ha sido siempre en semejantes ocasiones la palanca impulsiva o repulsiva de

los acontecimientos; ha detenido o precipitado los sucesos segun el impulso de sus ideas o a medida que su corazon ha latido con mas violencia o con mas calma. Influyente i dominadora en el hogar, una lágrima o un suspiro le ha bastado muchas veces para desbaratar las empresas mejor combinadas; deteniendo amorosamente en su lecho al esposo comprometido en el complot o pintando, con esa sencillez i ternura encantadora de que ella sola posee el secreto, el desamparo de los hijos i la sublimidad de los deberes de la familia sobre todos los demas. Fácil es, pues, dejarse arrastrar por esas suaves corrientes del afecto.

Bajo este punto de vista son doblemente dignas de admiracion las mujeres que como Manuela Rozas se lanzaron con enerjia a una empresa arriesgada, desoyendo las observaciones i los ruegos del cariño, de las preocupaciones o del egoismo, i no escuchando sino la voz de su corazon.

La señora Rozas prestó a la causa de la independencia no solo la valiosa cooperacion de sus trabajos personales, de la influencia de su nombre i de sus relaciones, sino tambien de

su fortuna. Entre nosotros—hemos oido repetirlo siempre—es mui fácil encontrar héroes dispuestos a dar por la patria su sangre, pero es mui difícil encontrar quienes le den su dinero. La señora Rozas llevó ambas ofrendas al altar de la revolucion.

Los trabajos de nuestra heroína fueron al fin conocidos del gobierno español: ella no hacia misterio de sus ideas ni se ocultaba para propagarlas, como hoi es de moda. Se la amenazó con castigarla severamente sino observaba otra actitud. Su respuesta arrogante a esta primera amonestacion de la tiranía se hizo popular:—«¿Intentais castigarme porque amo a mi patria? Podeis hacer lo que querais, pero jamas lograreis extinguir en mi corazon ese sentimiento.»

Desde entónces se la espió con la mas estricta vijilancia. Los ajentes españoles rejistraron muchas veces su casa en busca de supuestas correspondencias o de algunos refujia-dos sospechosos. Se suponía tambien que existia oculto un considerable depósito de armas, de que se aprovecharian los patriotas en la primera oportunidad. En una de esas visitas

su fortuna. Entre nosotros—hemos oido repetirlo siempre—es mui fácil encontrar héroes dispuestos a dar por la patria su sangre, pero es mui difícil encontrar quienes le den su dinero. La señora Rozas llevó ambas ofrendas al altar de la revolucion.

Los trabajos de nuestra heroína fueron al fin conocidos del gobierno español: ella no hacia misterio de sus ideas ni se ocultaba para propagarlas, como hoi es de moda. Se la amenazó con castigarla severamente sino observaba otra actitud. Su respuesta arrogante a esta primera amonestacion de la tiranía se hizo popular:—«¿Intentais castigarme porque amo a mi patria? Podeis hacer lo que querais, pero jamas lograreis extinguir en mi corazon este sentimiento.»

Desde entónces se la espío con la mas estricta vijilancia. Los agentes españoles registraron muchas veces su casa en busca de supuestas correspondencias o de algunos refujados sospechosos. Se suponía tambien que existia oculto un considerable depósito de armas, de que se aprovecharian los patriotas en la primera oportunidad. En una de esas visitas

ba como los mas felices de su existencia. Hasta en el último año de su vida, en visperas de su muerte, celebró el aniversario de Chacabuco, i era sublime ver levantarse en un extremo de la mesa de la familia, a esa anciana gloriosa que pronunciaba un brindis en homenaje a aquella fecha inmortal.

XII

María Cornelia Olivares.

No fué Santiago el solo centro de la revolucion en que la mujer desempeñó un heróico papel: María Cornelia Olivares, a quien podriamos calificar de *el tribuno femenino* de la independencia, nació en Chillan, i ejerció en su ciudad natal una influencia benéfica. Para comprender a esta mujer es preciso recordar que nuestras provincias del sur fueron no solo el teatro de las luchas mas sangrientas de la revolucion, sino tambien el centro en que los realistas poseian adhesiones mas poderosas.

María Cornelia Olivares no era en 1817, época de su mas activa propaganda, una mujer jóven, pero era una mujer hermosa todavía. Hablaba con una facilidad extraordinaria, era casi elocuente; su fisonomía movible i espresiva contribuía a dar a su palabra un colorido verdaderamente seductor. En los salones se la buscaba para oirla; era vehemente, fogosa i de una audacia temeraria. Predicaba en todas partes, hasta en la plaza pública, el ódio a los estraños opresores de la patria, i exortaba a todos a la lucha, sin temer las consecuencias a que tal conducta podia arrastrarla. «Hombres i mujeres, decia, deben tomar las armas contra los tiranos. La libertad a todos beneficia, todos deben amarla i defenderla.» Parecia a veces una mujer iluminada, encargada de alguna mision providencial como Juana de Arco.

Los españoles alarmados con la propaganda de este adversario, poderoso por su misma debilidad, la amenazaron con encerrarla en una prision sino guardaba silencio; se la prohibió salir de su casa. Puede decirse que la autoridad fué amable i cortés con ella, talvez a consecuencia de antiguas relaciones i parentescos

con realistas influyentes. Ella despreció todos los peligros i un dia se lanzó a la plaza a predicar la revolucion.

La amable condescendencia de la autoridad terminó ese dia, i para castigarla se meditó una burla cruel.

Era algo cararterístico de aquella tiranía su persecucion a las mujeres i su empeño tenaz por ridiculizar a todas las que por su heroísmo i entusiasmo podian interesar a la multitud i arrastrar prosélitos. Se creia talvez que el ridículo en política como en literatura era una arma mortal cuando se esgrimia contra la mujer.

María Cornelia Olivares fué, pues, reducida a prision; se la condujo de su casa a la cárcel con gran aparato, i se la insultó brutalmente por el camino. Un grupo de pueblo que trató de seguirla fué dispersado por la tropa. En el interior de su prision le raparon el cabello i las cejas, i a fin de envilecerla, la exhibieron en la plaza pública de Chillan, desde las diez de la mañana hasta las dos de la tarde.

Esta cobarde violencia hizo de ella una heroína i una mártir, las dos formas mas hermo-

sas de la gloria. El pueblo, que la admiraba por su valor i patriotismo, la adoró desde entónces por su martirio. Los españoles aseguraban que se habia vuelto loca i que al cortarle los cabellos gritaba i ahullaba furiosa. El hecho es completamente falso. Esa mujer sublime no pronunció una sola palabra durante su martirio; su actitud fué altiva i desdeñosa, i solo cuando algunos soldados se burlaban de ella en la plaza pública, les contestó estas palabras:—“La afrenta que se recibe por la patria en vez de humillar engrandece.”

Sí, decia la verdad! María Cornelia Olivares fué una heroína, una mártir, una inmortal. O'Higgins, por decreto de 2 de diciembre de 1818, la declaró *ciudadana bene nérta de la patria*. La afrenta la habia glorificado.

XIII

Candelaria Soto. (1)

En un hermoso fundo de campo situado cerca de la ciudad de Concepcion, vivia en 1817 el anciano don Mauricio Soto, ciego i achacoso, casado con la señora doña Manuela Guzman. Al lado de ellos vivia su hija Candelaria, que a la edad apénas de diez i siete años formaba el orgullo i las delicias de sus padres.

(1) (Extractada de una de las cartas que el señor don Juan Egaña dirijia a su hija desde su destierro de Juan Fernandez.

El gobernador español de la ciudad de Concepcion conoció a esta jóven notable por su hermosura i cuya gracia i discrecion era superior a su belleza, i se enamoró de ella.

Hombre sin escrúpulos i de pasiones verdaderamente brutales, creyó alcanzar sus pretensiones dominando por el terror a esta desgraciada familia. A fin de realizar sus propósitos hizo llamar al señor Soto a la ciudad de Concepcion; pero siéndole imposible cumplir con dicha orden por el estado de su salud, mandó a su esposa acompañada de su hija.

Inmediatamente se presentaron al gobernador, quien haciendo la mas seductora cortesía a la bella jóven, reconvino a la madre sobre que su hacienda era asilo de patriotas, donde se reunian a tertulias.

Contestó la señora Guzman que tal acusacion era falsa i aun casi imposible, estando la habitacion retirada de los caminos reales.

Despues de varias otras observaciones el gobernador se dirijió a doña Candelaria, diciéndole:

— ¿I vos tambien sois patriota? Hé aquí una

lástima en una jóven tan bella (tomándole la mano).

—Señor, dijo la jóven, habiendo mi madre justificado su conducta no creo que debo dar cuenta de mis ocultos pensamientos.

—Señora, añadió el intendente, dirigiéndose a la madre de Candelaria, esta insurjente es tan linda como obstinada. Aquí no hai mas remedio, sino que la habeis de dejar dos meses en mi poder, i yo la convertiré; este es negocio que corre de mi cuenta.

La señora ofendida e indignada por tanta infamia dirijió un insulto al gobernador, mientras la jóven le decia:

—Yo os juro que solo con la muerte me arrancareis del lado de mi madre.

—Está bien. Aguardad mis órdenes en vuestra casa.

Esta escena convenció al gobernador que doña Candelaria era inaccesible a la seducción, i que la juventud sostenida por la razon, es la edad de las virtudes. Pero aun faltaba otra gran prueba: esta era la del *tribunal de infidencia*, en que parecia imposible que una jóven de diez i siete años, pudiera luchar con

el aparato i realidad de esas crueldades, a cuya vista temblaban los hombres mas valientes.

Reunióse en su palacio este espectro de tiranía, i en el silencio de la noche i con todo el aparato del terror, hizo conducir de su casa a la magnánima jóven con su madre; i despues de dejarla considerar por un rato el horrible espectáculo de aquellas furias se hizo entrar a un letrado, confidente del gobernador, quien del modo mas grosero i aparentando que no veia a su víctima, le dijo:

—Venga acá la traidora del rei i desertora de su bandera.

—Soi una niña que nunca he salido del lado de mi madre, dijo ella, para que me imputeis faltas que solo podrian cometer los que manejan los negocios políticos.

—Servireis de escarmiento, contestó el juez, para que sepan los insurjentes que no hai sexo, edad o condicion que los exima de su delito. Idos i aguardad mis órdenes.

En efecto, al dia siguiente una partida de caballeria al mando de un oficial se presentó en su casa. Era la hora de la comida i la familia se encontraba al rededor de la mesa.

—Busco a doña Candelaria Soto, dijo el oficial entrando.

—¿A doña Candelaria o a su madre? respondió esta sobresalta la.

—Imponeos de este pliego i cumplid sus órdenes.

La angustia: la madre tomó el pliego, leyólo i que lóse inmóvil.

Contenia la órden de encerrar a la jóven en la fortaleza de *Penco*: un subterráneo profundo i pantanoso en el cual apénas se encerraba por quince dias a los mayores criminales.

--Mi hija no irá sola a esa prision, dijo la madre, yo la acompañaré.

—Tengo órden de conducirla sin otra compañía que la de mi tropa, respondió el oficial.

--Pues yo sabré burlar tanta infamia, dijo Candelaria tomando de la mesa un cuchillo para darse la muerte.

El oficial, a pesar de su dureza, sintió el predominio que tiene la inocencia i la hermosura en los momentos de su dolor; i manifestándose algo conmovido accedió a que la madre acompañara a la hija.

Diez i siete dias vivieron sumerjidas en el terrible calabozo, hasta que el oficial i los soldados de la guarnicion no pudiendo resistir a la compasion que les causaba esa horrenda venganza las dejaron huir.

XIV

ANTONIA SALAS.

El ángel de la caridad.

Si alguna vez necesitó Chile que el ángel de la caridad i del consuelo estendiera sobre él sus alas protectoras, fué durante los años de la guerra de la independencia. Habia entónces un pais estenuado por una lucha sangrienta e interminable, una poblacion de viudas i de huérfanos, de harapientos i de inválidos, un pueblo que sufría todas las grandes desgracias que impone el cumplimiento de los santos deberes.

En medio de esas horas de angustia apare-

ció una mujer animosa, uno de esos espíritus celestes creados exclusivamente para el bien; una de esas mujeres que tienen alas i que llevan consigo, como una atmósfera propia, ese encanto irresistible i misterioso que hace nacer la dicha en los corazones desgraciados, i brotar la fé en el alma incrédula.—Esa mujer se llamaba Antonia Salas.—Tenia a la fecha, en 1810, veintidos años. Sin ser una mujer hermosa era una mujer agradable, lo que vale mas que la hermosura sin expresion. Su fisonomía era dulce i triste; parecia que los sufrimientos de la humanidad se reflejaban en ella.

La infancia de esta jóven se habia deslizado en medio de los mas nobles ejemplos de abnegacion; hija de un hombre que habia sido uno de los grandes benefactores de la colonia, don Manuel Salas i Corvalan, fundador del hospicio de Santiago, acompañaba diariamente a su padre a las visitas que hacia a los establecimientos de caridad, a las cárceles i presidios. En esa noble escuela su corazon se retempló con el ejemplo i con los sufrimientos, i aceptó la vida por su faz mas elevada i jenerosa.

Su corazón sensible a todas las desgracias, palpitaba también entusiasmado por las ideas de libertad que dominaban; hija de una familia de patricios, de revolucionarios i de mártires, sufrió todas las consecuencias de su posición. Su padre i su esposo jerman en los calabozos o el destierro i ella los consolaba, les procuraba recursos i lo que valia más en aquella época, les comunicaba por medio de esos ardidés ingeniosos, en que son tan hábiles las mujeres, el verdadero estado de la revolución.

La época de la mayor personalidad de la señora Salas fué, sin embargo, posterior a la independencia, i si la hemos consignado entre las mujeres ilustres de aquella época ha sido por haber iniciado entónces su vida de abnegación.

No hubo desde 1815 hasta hace apenas veinte años, una sola calamidad pública en que no figurara la señora Salas repartiendo su fortuna organizando suscripciones, cuidando a los apesadados o a los heridos, comunicando a todos el aliento de su grande alma.

En la epidemia de viruelas que diezmó a

Chile en 1820, la señora Salas transformó su chacara de San Rafael en un hospital de variolosos, de que ella se hizo la directora. Sus hijos vivian en las salas contiguas a los enfermos. El egoismo del amor maternal no lograba debilitar su caridad. Sacrificaba no solo su vida sino tambien sus afectos mas íntimos i profundos, en obsequio de sus semejantes.

En el terremoto de 1822, la señora Salas habitaba las casas de Popetas.—Inmediatamente despues de la catástrofe, su primer arranque fué ir en auxilio de las personas que podian necesitar de socorros; pero entre los escombros de su mismo hogar tenia una víctima, uno de sus hijos mas queridos que exhaló en sus brazos el último suspiro.

La accion de esa mujer se hacia presente en todas partes: en los lúgubres dias de las guerras civiles, despues de la batalla de Loncomilla, no pudiendo prestar personalmente sus servicios, por encontrarse enferma, envió a sus hijas a los hospitales de sangre para que cuidaran de los heridos miéntras ella organizaba recursos en Santiago.

Jamas se vió entre nosotros una fé mas ar-

diente. Era una de esas mujeres que hacen el bien sonriendo, que se deshacen de sus joyas, de todas esas queridas frivolidades tan necesarias a las mujeres, a trueque de enjugar una lágrima! No pertenecía a ninguna secta: ni era propagandista de aguas divinas ni de reliquias milagrosas. Hacia el bien a católicos i a herejes sin preguntarles sus creencias sino sus males. Por eso cuando murió todos los hogares de Santiago a donde había viudas i huérfanos, se cubrieron de luto.

XV

El gran día de O'Higgins.

El 5 de abril de 1818, mientras se libraba en los llanos de Maipo la batalla mas reñida i talvez la de mayores consecuencias para los destinos de la América, Santiago ofrecia el aspecto mas sombrío; la fisonomía de la ciudad se asemejaba a la de un reo en capilla. Esperaba ver entrar por momentos a los vencedores o a los vencidos. La ciudad estaba desierta, solo habian quedado en ella las mujeres i los niños, los ancianos i los heridos;—los gloriosos heridos de Cancha Rayada!

Como un contraste misterioso, la naturaleza

sonreía: el cielo estaba azul, puro, transparente; un sol ardiente lo iluminaba todo. Era el espléndido sol de Maipú. «Las aves—dice un testigo de aquel día—cantaban como de costumbre en los huertos, i el perfume de los naranjos en flor embalsamaba la brisa.» Sí, la naturaleza sonreía como que ella sola poseía el secreto de ese día, el secreto de nuestros destinos.

O'Higgins acababa también de abandonar la ciudad. Dominado por la terrible fiebre que le causaban sus heridas i los continuos insomnios de sus noches de trabajos, i mas que todo talvez por el sentimiento de no ser útil a la patria en ese gran día, no había podido sofocar su ardor i saltando sobre su caballo de batalla se dispuso a salir de la ciudad. El pueblo asombrado rodeó al héroe. No había entre esa animosa pero impotente muchedumbre un solo brazo aprovechable en aquellos supremos momentos. Los viejos soldados cubiertos de heridas lloraban de impaciencia; los cadetes, niños de diez a once años, pedían a gritos se les condujera al lugar de la batalla; las mujeres, mas violentas que los hombres, pedían

armas. Ah! las mujeres, olvidadas en ese instante de su debilidad, rodeaban a O'Higgins i le comunicaban la fiebre de su delirio. Entre esas mujeres habia muchas de elevada posicion social. Al fin O'Higgins se puso en marcha rodeado de sus cadetes. Quería llegar oportunamente para presenciar la apoteosis de la victoria o morir en medio de sus viejas i gloriosas lecciones. Mas de una de esas mujeres al ver partir a los soldados infantiles que rodeaban a O'Higgins se inclinaron hácia ellos para besar su frente. Eran los adioses de las madres.

Momentos despues se escuchaba en Santiago el ruido lejano de la batalla. Todos los corazones palpitaban violentamente dominados por la mas terrible ansiedad. Las mujeres oraban. Aquella oracion suprema ¿llegó hasta el trono del Dios de las victorias?

XVI

El último cañonazo de Maipo.

Vicuña Mackenna asegura en su magnífica descripción de la batalla de Maipo, que el último cañonazo del último de los episodios de ese gran combate fué disparado por una mujer heroica i desconocida.

Ese acto extraño, único en las batallas, fué motivado por el empecinamiento del cuadro del batallón Burgos que se resistía a rendirse. El jeneral Freire, que fué el primer sableador de su época, había cargado varias veces sobre esa tropa de imponderable valor, pero los vie-

jos castellanos «erizaban sus bayonetas sobre el pecho de los caballos i quedaban sólidos i silenciosos como una barrera de peñascos».

Esos soldados no habrian sobrevivido a su derrota, si Rodil, que tan célebre se hizo despues en el sitio del Callao, no los forma en columna i se retira con ellos. Cuando los soldados se pusieron en marcha, una campesina de la hacienda de Espejo puso a los fujitivos en confusion, con un rasgo casi increíble de patriotismo i de valor.

Desfilaba la columna española por el sendero que de las casas de Espejo conducia al camino real de Melipilla—dice aquel historiador—cuando una mujer, una huasa jóven todavía i arrogante, notando que los acobardados artilleros habian abandonado por el cansancio de las cabalgaduras, un cañon cargado frente a su rancho, salió de su cocina con un tizon, arrimólo al estopin, i la metralla barrió la retaguardia de la columna en retirada.

La historia no ha conservado el nombre de esta mujer animosa como no conserva los de tantos otros héroes humildes a quienes la fosa comun oculta para siempre junto con sus vir-

tudes i sacrificios. ¿Esa mujer no refirió su hazaña a nadie que pudiera escribir su nombre sobre un papel? Talvez lo hizo. Pero en aquella época heroica no se daba valor a tales hechos.

XVII

Las heroínas anónimas.

Hemos narrado a la ligera la historia de algunas de las mujeres que sobresalieron en la época de la independencia por su entusiasmo jeneroso, sus sacrificios heróicos, sus servicios a la revolucion, su virtud i abnegacion por la familia o el cumplimiento de un deber cualquiera; pero aun quedaria mucho que referir si nos propusieramos contar tambien todos los actos de abnegacion ejecutados por mujeres desconocidas, pero no por eso ménos meritorios. Habia entónces un mundo de sa-

crificios i de esfuerzos tanto mas dignos de admiracion cuanto que no tenian ni la recompensa de la gloria.

Trataremos de narrar algunos.



Se sabe que despues de la derrota de Rancagua el degüello fué espantoso. Aquella resistencia heróica que un puñado de hombres hacia a todo un ejército, habia desesperado a los españoles; por eso cuando destruyeron los últimos obstáculos i entraron en la noble i vieja ciudad, iban ébrios de venganza i dominados por ese sentimiento de placer bestial que caracteriza a las soldadescas desmoralizadas.

Las mujeres aterrorizadas ante aquellas hordas se refugiaron en la iglesia de San Francisco; pero los vencedores la invadieron a caballo. El vértigo de la sangre i de la lujuria cegaba a los soldados. Los niños eran degollados i las mujeres violadas. El presbítero Laureano Diaz refiere en su relacion de aquellos sucesos que una linda jóven era desnudada i

violada en medio del templo! una mujer murió de vergüenza i de horror; otras supieron matar a los miserables con sus propias armas; pero la mayor parte de las mujeres murieron asesinadas, pues prefiriendo el martirio a la ignominia. En mujeres tan creyentes como las nuestras, aquella doble profanacion de la virtud i del templo debia anonadarlas de espanto. La indignacion hizo prodijios. Una niña de nueve años enterró un puñal en la garganta de un soldado que insultaba a su madre. Los niños, cuando se indignan, tienen a veces las fuerzas de los gigantes.

..

El 25 de abril de 1814 los prisioneros de Juan Fernandez agonizaban de hambre; los víveres se habian concluido i los pocos que quedaban se destinaban esclusivamente para la guarnicion. En ese dia los prisioneros reunidos en una asamblea de hambrientos, elevaron al gobernador una solicitud pidiéndo para su mantencion un caballo moribundo. El gobernador despachó favorablemente la solicitud pe-

ro... al día siguiente. Había esperado que muriera el caballo.

Ese mismo día, el 25 de abril de 1814, una madre de tres niños, viéndolos en peligro de morir de hambre, decidió ahorcarse para que su cadáver pudiera alimentarlos. Había ya colgado un cordel de una corpulenta encina cuando estremecida a la vista de un niño de pechos que alimentaba con su ceno i que fallecería infaliblemente, comenzó a vacilar en el acto de su fatal ejecución. Esta perplejidad dió lugar a que fuera encontrada i retraída de su atroz designio.



Todos los grandes sentimientos tomaron en la época de la independencia un vuelo gigantesco. Las mujeres no solo se sacrificaban por la patria sino también por el amor. Amaron entónces como parece no han vuelto a amar despues. Hé aquí un rasgo:

Un jóven recién casado fué arrancado violentamente de su lecho para ser conducido a Juan Fernandez, a bordo de la corbeta *Sebas-*

tian, que conducia a muchos otros reos.—
¡Reos del crimen de querer tener una patria!

La jóven esposa, fuera de sí, loca de dolor, se lanza sobre un caballo para alcanzarlo; pero su debilidad era mui superior a los esfuerzos de su amor: llegó, pero llegó cuando su esposo estaba ya encerrado en la corbeta. Al apearse del caballo una violenta fatiga la hace caer desmayada; se la restituye a la vida; pide i consigue un bote; ruega i apresura a los remeros; llega a la corbeta i ahí con cuanto tiene de espresivo el dolor i de sensible el amor i la hermosura, llora i clama porque se le permita acompañar a su esposo o por lo ménos decirle el último adios. Era imposible! La jóven desesperada se lanza al mar i hubiera perecido ahogada si un humilde i abnegado pescador no consigue salvarla.

Uno de los prisioneros políticos de Juan Fernandez (1) referia despues a su hija en una melancólica i tierna carta, que todas las tardes veia al héroe de esta narracion a la orilla del mar, sentado sobre una roca, contemplando

(1) Don Juan Egaña.

el retrato de su esposa i perdiendo despues su mirada en el espacio infinito que lo separaba de ella. Es posible, agregaba, que ese peñasco sea el mismo donde el amante de Julia i compañero de Anson recordaba tantas veces las tiernas memorias del Valais!

XVIII

A LAS MUJERES.

(Final.)

Seríamos afortunados si las mujeres que lean este libro sintieran palpitar su corazón de simpatía por algunas de las heroínas que en él figuran. Esas mujeres abnegadas que sacrificaron en obsequio de una gran causa todos sus goces i todos sus afectos—hasta los de la familia—bien merecen un recuerdo!

Jóvenes! si alguna vez llega para la patria un momento supremo como el de 1810, imitad a las mujeres de entónces. Ellas no estaban

preparadas como vosotras por la educacion, i sin embargo, el peligro las encontró vigorosas i sonrieron en su presencia, como los ángeles sonrien ante la muerte. No tenian una patria i la crearon. Ellas hicieron un héroe de cada hombre.

¿Cómo realizaron tantos prodijios?—Tenian corazon; esto es, tenian fé i entusiasmo.

Entre vosotras no han existido grandes literatas, ni grandes damas, sino mujeres de corazon. La historia del gran mundo santiaguino no recuerda que haya existido jamas un abanico o un corsé célebre; nuestro *Versailles* ha sido *Las Cajas* i allí no se tiene memoria desde Cano de Aponto hasta Marcó, de que una dama santiaguina haya dado un nombre a un peinado, a un descote o siquiera a una cola de vestido. Nuestras mujeres han brillado solo por la grandeza de sus sentimientos; i es ese el gran libro heráldico que da derecho a la nobleza.

Conservad vuestro corazon, no importa que no conserveis vuestra elegancia ni el gusto refinado que os distingue, i sereis siempre la inspiradora i aun la iniciadora de los hechos sublimes.

Michelet, preguntábale un día a Ballanche, qué era la mujer—¿Qué es? dijo reconcentrándose un momento el viejo i místico novelista, ¡es la *iniciativa!*

En efecto, recorramos la historia de la humanidad i la de nuestro propio corazón, i veremos dibujarse en su fondo la mano o la sonrisa de una mujer que es la iniciadora de los grandes i pequeños actos.

¿Quién odia i quién ama como ella? ¡Sobre todo quien ama! El jérmen del amor universal, del amor de la familia, del amor de la humanidad, está en su corazón tan poderoso i fecundo hoy como hace diez mil años. Podrá llegar un día en que se estingan todos los sentimientos, en que no haya amistad, en que se odien los hermanos, en que los mismos hijos miren indiferentes a sus padres; pero sobre la ruina de todos esos afectos se alzará puro e inestinguible el gran amor de la mujer:—el amor de la madre.

Por eso debemos engrandecer i elevar ese espíritu que contiene esencias tan inmortales i divinas.—¿Cómo?—Alejándola de la vida frívola i perezosa, impidiendo que desde su in-

fancia aje i marchite las flores de su alma, que se haga beata a los quince años i fanática a los veinte, i que, bajo la máscara adorable de un falso amor, se la haga instrumento del odio i de las pasiones de los hombres.

INDICE.

<u>CAPITULO.</u>		<u>PAG.</u>
I	La jeneracion de 1810.....	5
II	Camilo Henriquez.—Su influencia sobre las mujeres.....	10
III	El salon en 1810.—Belleza i dominio de las mujeres.—Ana María Cotapos.—Javiera Carrera.....	16
IV	Los colores nacionales.—El gran baile de los Carreras.....	24
V	Luisa Recabárrén.....	30
VI	Agueda Monasterio.....	37
VII	Rosario Rosales.—Ejemplo sublime de de amor filial.....	43

VIII	Mercedes Fuentecilla.....	47
IX	Las mujeres saben callar.....	54
X	Paula Jara Quemada.....	58
XI	Manuela Rozas.....	63
XII	María Carnelia Olivares.....	69
XIII	Candelaria Soto.....	73
XIV	Antonia Salas.—El ángel de la caridad.	79
XV	El gran día de O'Higgins.....	84
XVI	El último cañonazo de Maipo.....	87
XVII	Las heroínas anónimas.....	90
XVIII	A las mujeres.—(Final).....	96